

# *La Palabra y el Artículo*

Por *LUIS JAIME CISNEROS*

Lo más humano (mejor lo digo con sus propias palabras), "lo menos mineral, vegetal, animal y aún angelical es precisamente la gramática", decía en libro viejo y a la vez reciente Jorge Luis Borges. Me agrada iniciar esta reflexión con esas palabras porque servirán para que nos pongamos de acuerdo sobre mi idea de la gramática y de la lengua. Porque muchas veces ocurre que quienes vivimos dedicados al estudio de la lengua aparecemos ante los ojos acostumbrados a un infrecuente asedio de los textos, como majaderos irreverentes que hablamos mal de aquellos venerables hombres de Roma que nos dieron, con el latín, las formas del español que hablamos. No me voy a perder en vaguedades. Ni escribo ni hablo contra la gramática; censuro los métodos de enseñanza, en que priva lo excesivamente gramatical, lo inútilmente gramatical, sobre lo expresivo. Prefiero el combinado estudio de lo morfológico y lo 'fisiológico' que en la lengua hay, y por lo que la lengua es, vive y siente. Creo que está bien claro.

Saussure definía a la gramática como "un sistema que está potencialmente listo en la conciencia del hablante para que lo use como el teclado de un piano". Listo para usarse. Lo que a mí me interesa es estudiar los 'modos de usarse'; no los que corresponden al piano, sino los que **viven** en el espíritu y la voluntad de quien se acerca a él. El espacio que hay entre la conciencia y el piano. Necesitamos reconstruir los distintos estados de espíritu del que va decidido al codicioso riesgo de **consonar** el instrumento. Con la conciencia de la gramática bien firme, que es

necesario tener, no adquirimos todavía conciencia de lo que vale nuestra expresión, de lo que nuestro lenguaje dice. Si hablamos es porque el espíritu está inquieto, porque estamos en movimiento interior. En vida interior. El mismo Borges decía en su libro inicial que a las palabras hay que conquistarlas, viviéndolas, y que la aparente publicidad que el diccionario les regala es una falsía. Podemos quitar el nombre de Borges y colocar el de Humboldt, mucho tiempo atrás, si lo que queremos es otro tipo de autoridades.

Un mudo podrá entender con callada solvencia toda la estructura gramatical, pero sólo cuando adquiriera la facultad de hablar tendrá esa conciencia expresiva que sólo el ejercicio constante (y la constante asimilación) de la lengua otorga. Triunfar de la gramática no es desdeñarla; es apoyarse en ella precisamente, pero es dar, con la fuerza de la lengua, el salto que se resuelve en impulso creador, por el que la lengua avanza. Ese aspecto expresivo es el que me interesa en el terreno de mis preocupaciones lingüísticas. Sobre eso hablamos. Es el único modo de trabajar por el conocimiento vivo. El único modo de hacer enseñanza lingüística. Y cito a Amado Alonso: "Y me parece evidente que sólo si la lengua literaria va viviendo como hechura cada día renovada por españoles y americanos, nacida de unos y de otros, **expresión viva de unos y de otros**, tendrá también cumplida satisfacción la confianza de... todos en la enseñanza escolar como mantenedora de la unidad lingüística" (RFH, VI, 409).

Comencemos con la palabra. Necesitamos partir de algunos presupuestos. Todos tenemos una idea, para empezar, de lo que la palabra representa. Sí, la palabra es, está, la oímos en la calle, en el púlpito, en la plaza, en boca de la enamorada, la vemos entintada y sumisa en las planas del periódico un día y otro día, la está leyendo en estos instantes mi lector. Es esto que lanzo. Su primera fuerza es reveladora. La generación actual dice caracterizarse por preferir "hechos y no palabras", según es de práctica entre los jóvenes codiciosos de efímeros triunfos, porque ha dejado de creer en las ideas fundamentales, que se crean y se construyen con palabras. Quizá es que la palabra va sufriendo también transformaciones: **patria, orden, clase, opinión**

**pública, libertad, democracia, universidad**, son palabras desgastadas que han ido cambiando de sentido a medida que han cambiado de sentido los intereses de quienes vivieron usufructuándolas. Esta hora política que vive América, sin ir más lejos, es fruto también de la palabrería. La palabrería y el palabrerío son otros signos equívocos de la extensión semántica y del dominio inexorable de la palabra.

La palabra es sociedad, porque supone desde el principio el coloquio. Es el centro de la vida del espíritu. Aquí quería llegar. La palabra es **gramma** también, ya lo sé; bastará su poquitiño de griego para no ignorar que **gramma** significa "letra". Pero a mí me interesa en este instante la otra vertiente; la de Dilthey, que ha iluminado con buena luz una prestigiosa escuela lingüística, en cuya corriente me siento, con la insoslayable y hoy más que nunca moderna compañía de Nebrija. Si queremos otra remota autoridad, mi refugio puede ser el del claro filósofo Aristóteles. El propio Nebrija lo recuerda: "Assi que las letras representan las bozes, i las bozes significan, como dice Aristóteles, los pensamientos que tenemos en el ánima" (**Gram.**, I, 3). La palabra es, pues, aun sin definirla todavía, el testimonio vivo de esa coherencia. Pero es también, y ya se dijo, "el instrumento de todas las separaciones". Palabras diferentes y lenguas diferentes ya nos dicen de la irreductible originalidad de los diversos pueblos. Quizás tengamos una clara idea de lo que esto significa si nos enfrentamos el problema de la traducción. Con un buen vocabulario en la mano, todos sabremos (aparte de insalvables diferencias fonéticas) que "la ventana" se traduce en italiano por **la finestra**, port. **a janella**, ing. **the window**, fr. **la fenêtre**, al. **das Fenster**. Pero este minúsculo y prestigioso bagaje de información libresca, nos impedirá por el momento **e n t e n d e r** (subrayo la palabra) a Hesse, Racine, Camoens, Chaucer. Al traducirlos, la distancia de las lenguas, la distancia en la manera de concebir las cosas, la sintaxis distante y distinta, nos darán idea de nuestros abismos, si bien denunciarán nuestro almacén común de fórmulas pensantes. Nos damos cuenta, entonces, de las estructuras en que reposan las lenguas; nos damos cuenta de la gramática. Por

eso la hora de la *Gestalt theorie*. Y aquí es necesario citar a Humboldt cuando aclaraba su idea de la *Weltanschichten*:

“La diferencia real entre las lenguas no es una diferencia de sonidos o de signos sino de perspectivas cósmicas o visiones del mundo. Un lenguaje no es, sencillamente, un agregado mecánico de términos. Disgregarlo en palabras o términos significa tanto como desorganizarlo y desintegrarlo”.

Y nos acercamos a lo que busco decir. El asedio es lento porque ha de ser definitivo; tenemos que ir tomando todas las precauciones. El instinto lingüístico, al que todos rendimos tributo silencioso, puede perdernos.

Para Thomas Mann tenía el lenguaje la virtud de “dar vida a todo lo que toca”. Nos interesará, pues, la palabra tocada por el espíritu. No hay modo de que el lenguaje pueda expresar la pura impresión “sin amargarla con recuerdos y con un sabor empírico del objeto, y sin que el espíritu la estructure de algún modo”. Amado Alonso lo dice. Ese es el ángulo en que nos situamos. No vemos en la palabra el inusual signo revelador de una realidad cualquiera sino que sentimos que **ella es esa realidad**. Y que por esa realidad nos expresamos, y que al terreno de esa realidad convocamos a nuestro interlocutor. Estoy diciendo que si me interesa lo que hay de vida y de expresión en la palabra ha de interesarme el aspecto “semántico” que se guarda en ella. “Porque la historia de una lengua va saliendo cada día de su funcionamiento, y el funcionamiento sólo existe en la mente y en la boca de los individuos, y el individuo, cuando usa su lengua, tiene siempre un ojo espiritual puesto en su interlocutor para la elección de las expresiones y para el sesgo de las innovaciones. En suma, el hombre multitudinario se acomoda al destinatario tanto para la conservación como para la innovación, lo mismo que los escritores” (AMADO ALONSO, *RFH*, VI, 407).

Pero antes hay que hacer sitio a otra aclaración fundamental. Lo vió muy claro Humboldt: hablar de las palabras como entidades “separadas” es el solo producto de “nuestros chapuceros análisis científicos”. Las palabras no existen en la realidad lin-

güística. Al hablar, cada uno de nosotros no puede olvidar que es el centro de la conversación, punto de partida del lenguaje, punto creador. Por eso hablamos siempre en tercera persona, porque lo hacemos desde esta primera persona que somos cada uno de nosotros. Las palabras existen en potencia ahí en el diccionario, que nos facilita y agrupa la ilusión de creer en la existencia de ellas. Pero es el hablante el vehículo de la persistencia. Por eso hay tanta palabra muerta. Por eso habrá siempre tanta palabra remozada y nueva. No hace mucho, en instantes en que se hundieron viejas y egregias islas de Grecia se perdieron quizá muy antiguas palabras, pero nacieron simultáneamente otras destinadas a contar y repetir la historia del desastre. Sentimos por eso que el lenguaje es nuestro instrumento de coherencia con los demás. Y no podemos olvidar que por el lenguaje buscamos despertar en nuestro interlocutor un **conocimiento** (toma de contacto con él) y **una emoción**, sobre la base de que él **conoce** y es **sensible** a estos signos de que nos valemos.

Pero esto de que las palabras no existen aisladas, dicho con el empaque doctoral con que lo hemos dicho, parece un atrevimiento de mis años. ¿Cómo existen, entonces, las palabras? Porque lo cierto es que las usamos, están acá, las oye dentro de sí cada uno de los lectores; yo mismo estoy oyendo acá adentro, mientras escribo, todas las que han de convertirse en breve en ondas sonoras y transmisoras de luz para el lector. Esto de la palabra nos preocupa. Hasta jugamos a preguntarnos qué quiere decir tal o cual palabra. Medimos muchas veces la 'suficiencia' de los demás preguntando por las palabras que conoce o desconoce. Pero nada de esto es grave. Tenía harta razón Novalis al decir que "cada palabra tiene una significación peculiar, otras connotativas y otras enteramente arbitrarias y falsas". Las palabras existen dentro de la realidad en que nosotros las incorporamos, urgidos por nuestras necesidades de expresión. Es entonces cuando, de todas las infinitas posibilidades semánticas que las palabras tenían (las acepciones muertas del diccionario) cobran valor —es decir, **significan**— sólo aquellas posibilidades que queremos destacar. La posibilidad semántica se convierte en ese instante en **significado**. Y es el momento en que

decimos que las palabras han adquirido precisión; han sido capaces de conllevarse con 'lo que queríamos decir'; han estado al servicio de nuestra expresión y concuerdan, así, con nuestra 'intención significadora', o sea en verdad, con lo que 'sentimos'. No hay modo de que la fría razón actúe sobre nuestra sensibilidad al extremo de pensar que las palabras pudieran vertirse sin huella de sentimiento alguno. Esa misma voluntad nuestra —en el caso de existir— crearía en nosotros lo que llamaríamos el 'sentimiento de dicha voluntad', el cual bastaría para despertar en nosotros **una actitud, un modo de ser**, que ya sabemos cómo alcanza a ser cogido y representado instantáneamente por la lengua. Es que todavía tiene asomos de vigencia aquello de ver en el origen de las formas expresivas una "intención estética original". Por si lo olvidamos, bien estará la cita de Croce: "El hombre habla a cada momento como el poeta, a causa de que, como éste, da expresión a sus impresiones y sentimientos. No importa que esto se haga en el tono de la conversación ordinaria o con familiaridad, porque no hay la más leve diferencia entre esta forma y las demás que se llaman prosa, prosa poética, prosa narrativa..." (**Fundamentos de estética**). Y eximo al lector de congregar acá los testimonios de escuelas, que alejadas o no del pensador italiano corroborarían estas palabras y esta verdad. Sólo salvo a Bally, cuyas obras resultan ahora inaccesibles para el lector ocupado en estas cosas, y con el que nos gozaremos en seguida.

La significación de una palabra la advierte, pues, el oyente. Pero llega a ella a través del sentido general. No hablamos con palabras sino con frases en que la palabra no es sino un elemento dentro del gran esquema de expresión. **Tener sentido**, dicho simplemente, es "afirmar, negar, desear, preguntar, rodar, mandar, quejarse, etc.". Solamente cuando ha hecho impacto en nosotros la comunicación, reparamos en las cualidades monosémicas de la palabra. Pero atendimos primero al valor 'monosémico' de la frase.

El instinto lingüístico, que suele favorecer traidoras y vitandas interpretaciones, podría llevar a alguien a pensar que el **sentido general** es fruto de que las palabras se usan a veces con el alcance semántico previsto por el hablante. Es verdad que la

intención monosémica con que las palabras fueron (digámoslo así) **pensadas** por el hablante, puesto que representaban en alguna forma su "intención" (sentimientos, actitud, etc.), orientaban en cierta manera el sentido general de lo que iba a decirse. Pero de ese trabajo creador no toma noticia el oyente en el momento de la comunicación: para él sus puntos de referencia, sus indispensables puntos de referencia, son **lo que oye, y el momento en que lo oye**. Por eso, y sólo en virtud de eso, comprende. Primero hace síntesis. Y es esa impresión la que lo lleva a reparar en lo individual, la palabra.

Pero oigámoslo mejor de labios de Bally: "On peut trouver cette vue paradoxale; mais l'on peut dire, plus paradoxalement encore: c'est une erreur de croire que, dans la pratique de la langue maternelle, on comprend tout se qu'on dit ou écrit; il nous échappe en parlant une foule de mots sans signification pour nous" (Est., I, 78). Podrían multiplicarse las citas, pero el carácter divulgador de este artículo me exime.

Nosotros, como oyentes, reaccionamos así. Y así entendemos. Es esta reacción la buscada por el hablante. Y es pensando en esas consabidas reacciones, en esos esperables modos de acción, como vamos construyendo nuestra expresión. La tarea de observar la manera en que los elementos integrantes de la frase han contribuido al sentido general es tarea posterior; algo más, es tarea no necesaria para el oyente. La suelen emprender los especialistas. Está dentro del plano que podríamos llamar de la curiosidad, quizás si en el hermoso terreno de lo científico. Nosotros pondremos empeño en no desvalorizar ese plano, que es el que guarda el secreto de toda la función comunicativa del lenguaje.

Así entendida la lengua, **enérgeia** y no **érgon**, es fácil comprender que las palabras funcionan de un modo particular en nosotros, despertando reacciones según nuestra situación no sólo espacial sino también sentimental. La palabra por sí sola puede despertar una reacción. Si yo dijera que acabo de ver, a través de la ventana del cuarto en que escribo, un 'policia desnudo', además de pensar el lector en la improbable verdad de lo que digo, pensará también que soy un hombre 'liberalote' que ha

querido decir una **boutade**; de todos modos, desde el punto de vista lingüístico, no habría más que un hecho objetivo, claro. Pero si, en cambio dijera haber visto un **policía calato** por la calle, lo que hace unos momentos se pudo tolerar como una impertinencia ha adquirido ahora caracteres de grosería y llevará al lector a una reacción de censura, basada en que lo Dicho no es compatible ni con mi función ni con la serenidad, ni con toda nuestra tabla de valores. Algo más, la reacción frente a a esta última palabra será distinta: habrá sorpresa y protesta en unos, más acentuada según la edad, el sexo, o según su formación y su sentido de la 'urbanidad'. ¿Y todo por qué? Porque en el ejemplo del **policía calato**, no sólo hemos visto a una persona 'desnuda'; la hemos visto 'desnuda' y 'agitándose', moviéndose. Si esto mismo repito mañana yo en la ciudad de Montevideo nadie reaccionará, y deberé limitarme a explicar el significado de la palabra, y agregaré ingenuamente que **calato** es un peruanismo; y esta explicación se encargará de colocar todo en un terreno puramente intelectual, y el sentimiento quedará dormido. Yo seguiré gozando de la frecuentación.

Hay palabras, pues, que nos solicitan y otras que nos mueven. Hay lo que podríamos llamar palabras-imágenes. Podría probarlo este ejemplo con que Luis Loayza logra conciliar un trabajo de estilo con una emoción lingüística que pertenece al sistema general:

"Milagro.—En alto, y un poco hacia la derecha, se ven claramente al decir milagro, grandes rombos de cristal. Curiosamente, al repetir dos veces la palabra (milagro, milagro) los rombos se agitan y se golpean con un tintineo inaudible. El movimiento se hace continuo y frenético cuando se dice rápidamente milagro milagro milagro milagro".

Todo esto ha llevado a los lingüistas a distinguir dos planos en el lenguaje. Quizá sea mejor **mostrarlo**. En el siguiente ejemplo, comprobaremos cómo la vis poética es la orientadora del sentido, la responsable de nuestra reacción:

“Yo no podía imaginarme a una hormiga leyendo, incansable, viejos infolios latinos de letra descomunal. Pero ahí está, la veo, menudita, los ojos impenetrables y diminutos, junto al sabio elefante, blanco y limpio, el libro abierto entre imperceptibles dedos presurosos”.

Ese “temblor” de nervios que nos produce el encuentro de las cosas con nosotros (Amado Alonso) por el que entendemos, en realidad, lo que se nos está diciendo, es lo que en nosotros ha despertado el sentido del texto. Y cuando hurgamos en él, descubrimos (re-velamos) cómo las palabras han dejado de ser lo que individualmente suponían y han adquirido un matiz, un valor, que depende del sitio que ocupan, de las relaciones que tienen con las palabras que las circundan, y de la responsabilidad que ellas imprimen al sentido general, así como de las que éste les retacea. Por otro lado, dependen de nuestra situación, de la relación digamos ‘social’ en que están con nosotros. Entrego a todos la pregunta de si en algún momento hemos necesitado la ayuda de la razón. La razón nos ha servido para darnos cuenta de que había sucedido esto.

Es decir, de lo que vamos hablando es de lo expresivo, lo que encierra el secreto de nuestra peculiaridad, de lo que por estar cerca de nuestra voluntad vive animando nuestras elementales peticiones, nuestros asomos de entusiasmo, nuestras dudas.

## II

¿Y por qué si nos interesa lo expresivo hemos elegido para este artículo un tema aparentemente tan soso, tan ‘inmaterial’ como el artículo. El artículo parece no ser materia de disertación académica. Lo fué para la luminosa exposición de Amado Alonso, en nuestra lengua. A él han dedicado esclarecedores estudios los más audaces y los más preclaros investigadores románicos. Esta cosa pequeñita que el artículo es, sometido desde la infancia a una compañía insobornable de sustantivos y adjetivos relegados a frecuentarnos siempre en compañía de su masculino y su plural, que eran su necesario lastre, ha despertado la curiosidad de los estudiosos, porque un buen día sorprendieron su aleteo vivificador.

Y en verdad, comprendiendo el artículo, ahora comprendemos mejor todas aquellas otras palabras que aparecían antes **con él** y que ahora se ven **colgadas de él**, traídas por él, empujadas o retenidas por esa irreductible y apretada forma monosilábica que él es. Wackernagel ya nos dijo lo que en latín valía la ausencia del artículo.

Abramos el primer libro de nuestra lengua. En 1492 escribía aquel adelantado que se llamó Nebrija: "I ninguno se maraville que **el, la, los** pusimos aquí por artículo, pues que lo pusimos en el capítulo passado por promombre, por que la diversidad de las partes de la oración **no esta sino en la diversidad de la manera de significar**" (Gram., III, 9). El subrayado es mío. Como se ve, el artículo andaba emparentado con el pronombre. El parentesco favorecía de cuando en cuando la confusión. Muchos siglos después, la confusión persiste. Y persiste (olvidada en las escuelas) esta otra verdad: la verdadera diferencia entre lo que llamamos las partes de la oración "no está sino en la diversidad de la manera de significar". En el modo de servirnos de las palabras, atendiendo a sus afinidades, diríamos ahora con lenguaje más apegado al decir científico.

Esta idea del artículo nos va a ser útil. Nebrija no pone empeño en definirlo. Nebrija es hombre de mostraciones, antes que de definiciones. Pone delante las cosas. Cuando define, repite ideas griegas y latinas; pero cuando advierte que la definición no encaja, nos muestra **lo que es**. Su Gramática, por eso, bien aprovechada, sirve para reconstruir los moldes expresivos de la edad media española. El asunto está por explotarse todavía.

Vayamos un instante al latín. En latín el artículo era desconocido; o mejor, para atenernos a lo que dicen los clásicos, el artículo era innecesario. Prisciano recuerda, frente el artículo de los griegos, que el latín no lo tenía. En realidad, entre los griegos servía para traducir un cierto perspectivismo espiritual. Más expresivas que las de Prisciano, resultan las palabras de Quintiliano: "noster sermo articulos non desiderat ideoque in alias partes orationis sparguntur". Quintiliano parece adivinar que el artículo, frente al modelo griego, tenía una función, y siente que ella se repartía en latín, se cumple merced a las otras partes oracionales.

Cuestión de necesidad ya quiere decir cuestión expresiva, y quizá podamos convalidarla con 'cuestión de estilo'. Quintiliano parece observar que hay una estilística del artículo.

Recorramos aún, buscando autoridades, algunos otros textos no citados hasta ahora a propósito del tema. El primero se da en la Gramática anónima de Lovaina de 1555. Se ha perdido ahí algo de lo visto por Nebrija; el artículo sirve "para conocer la variación de los casos". Pero más adelante aparece una idea útil, que conviene recoger:

"Este artículo masculino alguna vez se pone por el artículo femenino en aquellas diciones que comienzan por vocal: como **el agua, el alma**. Lo cual se hace porque la pronunciación sea más suave, aunque también se pone artículo femenino, como **la orden, la agua**".

Ya está. No importa que el anónimo nos diga después algunas irreverencias, muy serias en su época, muy risueñas hoy, porque todavía nos va a proporcionar otro elemento de juicio interesante: "Estos artículos algunas veces, puestos a la fin de los verbos, valen tanto como artículos demostrativos o relativos". Observemos bien. Otra vez la confusión pronominal. Y una palabra útil, en que no se ha reparado hasta ahora, que yo sepa, con la atención debida: las funciones relativas del artículo. De ellas se hablará algún día. Hoy nos interesa lo demostrativo.

Todavía vamos a acercarnos a la idea de Fray Luis de León, cuyas ideas lingüísticas piden hace medio siglo una tesis doctoral. Es el libro tercero de **Los nombres de Cristo**, de tan socorrida autoridad:

"El Oficio del artículo es reducir a ser lo común y como demostrar y señalar lo confuso, y ser guía del nombre, y darle su cualidad y su **linage**, y **levantarle de quilates**, y **añadirle excellencia**" (Subrayado mío).

El artículo levanta de quilates, y da excelencia'. Cuánta razón, Fray Luis. Lo vió él mejor que nadie porque hay que tener educación poética para comprenderlo así. Ese carácter individualizador no había pasado inadvertido, pese a sus gramatique-

rias, al anónimo de Lovaina. Ya lo diremos cuando llegue la hora. Por el momento, basta de autoridades. Me olvido, ex profeso, de todas las tesis de los siglos siguientes para llegar a la de Alonso.

Como pronombres y artículos (*o, e, tho*) usaban los griegos esta partícula. Nebrija lo recuerda. Pero el griego utilizaba el artículo cuando quería suprimir el énfasis de que venía poseído el sustantivo. Y si es verdad que el latín carecía de ese elemento, bueno es recordar cómo se originó en latín la forma del demostrativo de la que arranca la proceridad del artículo español. El español proviene de estos tres demostrativos latinos: *ille, illa, illum*. *Ille* aparece en latín para reemplazar al determinativo *is*, en su función significadora de pronombre personal de tercera persona. Fué apenas un símbolo del desgaste de *is*. Pero a fines del imperio, el latín se ve necesitado de "presentar en cada caso la persona u objeto de que se trata". Y se perfila entonces en este pronombre la función demostrativa, presentadora, que ya en algunos textos del latín vulgar tiene toda la validez del artículo de que hoy hablamos. Hoy los restos de esa forma acentuada latina están representados en las formas inacentuadas *el, la lo*.

A estas alturas, el artículo se nos ha convertido en tema áspero. Pero tras la fatiga, la verdad. Tomo un ejemplo español, para que nos vayamos entendiendo. Notaremos, primero, el carácter presentador del artículo, que le viene de esa antigua progeñie demostrativa. Esta pequeña partícula, que ha perdido su acento en la lengua y que se halla por ende, gramaticalizada, se salva y se gana para nuestro aplauso por estos felices cometidos que en la lengua desempeña. El ejemplo es una muy glosada canción del XVI:

Ojos que se quieren bien,  
cuando se miran de lejos  
no son ojos, sino espejos  
donde las almas se ven.

Cuatro versos sencillos, donde la falta de artículo ha conservado el natural énfasis de las palabras, su primitivo calor, y nos ha permitido referirnos a nuestras valoraciones categoriales de las

cosas. Lo que hemos dicho tiene —lo sabemos— aire de sentencia, suena a moraleja, tiene validez general.

Todavía un ejemplo más. La copla 653 del **Buen Amor**. Estamos más atrás, siglo XIV:

¡Ay Dios, e cuán hermosa viene doña Endrina por la plaça!  
 ¡Qué talle, qué donaire, qué alto cuello de garça!  
 ¡Qué cabellos, qué boquilla, qué color, que buena andaça!  
 Con saetas de amor fiere cuando los sus ojos alça.

**Talle, donaire, cabellos, color, buen andar**, cobran relieve, esculpidos como están, a piedra, y contrastan con ese sutil movimiento de “los sus ojos”. Este juego de palabras sin artículo y de enumeraciones con valor demostrativo nos colocan en un clima especial, que ha de permitirnos entender bien los ejemplos siguientes de Salinas y de Dario: oímos en **La voz a tí debida**:

¡Si me llamas, sí  
 sí me llamas!

Lo dejaría todo,  
 todo lo tiraría;  
 los precios, los catálogos,  
 el azul del océano en los mapas,  
 los días y sus noches,  
 los telegramas viejos  
 y un amor.  
 Tú, que no eres mi amor,  
 ¡si me llamas!

Y aún espero tu voz:  
 telescopios abajo,  
 desde la estrella,  
 por espejos, por túneles,  
 por los años bisiestos  
 puede venir. No sé por donde.  
 Desde el prodigio, siempre.

.....

Y en la conocida **Marcha triunfal**:

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,  
 su canto sonoro,

su cálido coro,  
que envuelve en un trono de oro  
la áugusta soberbia de los pabellones.

El dice la lucha, la herida venganza,  
las ásperas crines,  
los rudos penachos, la pica, la lanza,  
la sangre que riega de heroicos carmines  
la tierra:  
los negros mastines  
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Ahora sí vemos bien. Con el artículo nos hemos referido a las cosas, ya no a su valoración; vemos lo que son, no lo que valen. Hemos visto las cosas **de cerca**, casi las hemos podido **tocar**, analizándolas, una por una. Las hemos visto independientes; individualizadas: "los precios", "los catálogos", "los mapas", "la pica", "la lanza", "los rudos penachos". Si leemos los textos suprimiendo los artículos, todavía lo veremos con más fuerza. Esta emoción que recobramos al incorporar el artículo a su texto, causada por él, mamada en la leche de la lengua nuestra, era emoción que debíamos a lo que ha dado en llamarse la función presentadora del artículo. Función presentadora, que está ciertamente en el límite de lo pronominal. Los griegos hacían de pronto al artículo pronombre. El mismo Nebrija se nos adelantó en la sorpresa al advertirnos de esta propiedad mimética del artículo. La vemos con nitidez en estos ejemplos siguientes, donde la forma pronominal reemplaza (verdad que con otros matices estilísticos, que no analizo) a la función expresiva del artículo. Sea el primero un pasaje de la **Celestina**:

"¿Quién te podría contar, señora, sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su fin, su calor, su decontentamiento, su rencilla, su pesadumbre, aquel arrugar de su cara, aquel mudar de cabellos, aquel poco oír, aquel debilitado ver...?"

Si reemplazamos el posesivo —que tiene evidente cariz demostrativo en este ejemplo— por el artículo, no habría cambiado sino el matiz enumerativo: en vez de aparecer todo como una enu-

meración lejana en la perspectiva, habría adquirido el ritmo de una enumeración agitada, en que "cuidados" "calor", "fatiga", "pesadumbre" habrían adquirido más consistencia, mejor perfil. Y todavía otro ejemplo. En el libro *La montaña de los ángeles* que Fernando Fadrique del Monte publica en Córdoba, 1674, describe a la ciudad de Sevilla:

Fuí a la ciudad de Hércules fundada  
que el dorado Christal del Betis riega,  
por las Torres del César celebrada,  
ví Templos, Plaças,, su espaciosa Vega,  
su Torre de Campanas coronada,  
cuya dorada punta al cielo llega,  
su Puente y Playa, chuyo Christal frío,  
tiene fuerças de mar, aun siendo río.

En este contraste advertimos cuánto gana y cuánto pierde el campo semántico con la ausencia y presencia de artículos, y cómo estamos ante un hecho estilístico de importancia capital.

Busquemos, pues, un resumen, que sea a la vez punto de partida para asedios futuros. La ausencia del artículo se acompaña de un conato de emoción. Tenemos nosotros voluntad de poner de relieve, por encima de la organización racional de la expresión, los intereses de la voluntad y la emoción. Creo que ejemplar ejemplo sería el de estos tercetos con que se cierra uno de los más felices sonetos de la lengua:

Alma, a quien todo un Dios prisión ha sido,  
venas que humor a tanto fuego han dado,  
médulas que han gloriosamente ardido,

su forma dejarán, no su cuidado.  
Serán ceniza, más tendrá sentido,  
polvo serán, más polvo enamorado.

La poesía moderna, para traer el recuerdo de Nebrija, va perfilando cada vez más los matices pronominales: ejemplario abundante proporciona Pablo Neruda.

Y ya está. Este elemental signo sin asomos fonéticos que era el artículo, condenado en los textos escolares a ser el infati-

gable compañero del género y el - número, paciente heraldo de sustantivos y sujetos, necesitaba incorporarse al ritmo de nuestras emociones, al ritmo con que nuestra lengua va impregnándose de las huellas de nuestra emoción. Fijo en sus estructuras gramaticales el sujeto, ya sabremos nosotros adivinar qué 'voluntades' alientan en las estructuras sintácticas y sabremos cómo esa presencia del artículo no es casual sino significadora.

Esa era la peculiaridad del artículo español .